

ADORATORIO DE MOTUL.

(1862.)

Ojalá no fueran casi siempre así los hombres, que por motivo de ciega preocupacion, de vil interés, ó de cobarde temor, se les vé hacer con admirable facilidad la apoteosis de un caballo.

Era el 14 de Febrero del año corriente.

Y nosotros que habíamos partido desde esta capital, nos hallábamos en la villa de Motul, de tránsito para la hacienda rústica Kulimché. Una vez llegados á la villa, complacíamonos en estrechar á nuestros antiguos amigos, y en contraer nuevas amistades; debiendo á una de estas últimas el importante resultado que va á ser objeto del presente artículo.

D. Tomás Mendiburu, uno de los principales vecinos de la villa y con quien nos relacionamos por medio de otro amigo, quiso tener la bondad de hacerse nuestro cicerone; llevándonos á visitar lo que hay más digno de verse en punto de antigüedades dentro del recinto mismo de Motul. Es de advertir que siendo Motul ó Mutul, el asiento de un antiguo pueblo indio, muy conocido en la historia del país, debía ser tambien uno de los lugares en que con más frecuencia se encontrasen los restos monumentales de los antiguos moradores. Esto no obstante, aunque muy cerca sorprende la vista en los alrededores patentes muestras de pasado poderío, dentro de la poblacion misma no se había descubierto algo que llamase profundamente la atencion, hasta que el Sr. Mendiburu, buscando piedras para unas fábricas, se encontró en lo que á primera vista sólo parece un brusco é informe cerro, con las ruinas de

un antiguo Adoratorio, (Ku), construido con solidez y bien proporcionadas formas, hácia el Oriente, y apenas á distancia de cinco cuadras del centro de la villa.

A estas ruinas, pues, casualmente descubiertas por D. Tomás en un solar de su propiedad, fué á donde nos condujo con mucha benevolencia.

Figuraos un cuadro pintoresco en que el sol naciente lanza sus primeros rayos á través de un bosque extenso de ramonales y palmas, surgiendo sobre aquel bello fondo y bajo un cielo de azul limpio y sereno, un piramidal cuyo ó hacinamiento de misteriosas ruinas; y habreis tenido idea de lo que aquella mañana estuvimos contemplando por largo rato con excitacion vehemente.—La vista que se acompaña á este artículo acaso no será tan fiel como era de desearse; pero esto fué por falta de tiempo y de los aparatos necesarios para tomarla con la exactitud debida, de modo que apenas pudo tomarse con lapiz un diseño con el fin de dar por lo ménos una idea aproximativa. (*En el "Repertorio Pintoresco."*)

Aquel cerro no es por cierto en manera alguna de los más grandes que en el país tenemos, pero estando cubierto de maleza, y hallándose las piedras mal seguras entre una mezcla destruida por la vejetacion tropical, casi arrastrándonos y tirando de los abrojos mismos íbamos trepando con dificultad no pequeña hasta llegar á la cima. Méenos por el lado que mira al poniente y que corresponde al interior del solar, el Adoratorio no parece en lo exterior más que un informe y comun cerro, sin duda porque allá en los remotos

tiempos, el edificio superior una vez desplomado, vino á cubrir con sus despojos toda la base; á que habiéndose añadido la vejetacion, y el abandono á la intemperie, redujose todo el conjunto á un rudó monton de piedras. Pero situado el espectador dentro del solar por el frente que se ha excavado, osténtase á su vista súbitamente una construccion maciza como de cuarenta piés de latitud sobre cincuenta de altura, con una subida de veintidos escalones abrazados entre dos alas, cuyos grandes y bruscos adornos consisten en cuatro colosales caras de piedra saliente, en las que junto con la expresion maligna de la sonrisa irónica de una caricatura, parece notarse aquel carácter de *severidad y fiereza*, que Mr. Stephens observó en la cabeza gigantesca que se enseña á los curiosos en la ciudad de Izamal, y descubierta tambien entre los adornos de estuco y piedra, que se encuentran á cada paso en los *cuyos* ó pirámides izamalenses.

En la testera del oriente de la plataforma á que dan subida los veintidos derruidos escalones, debió existir el Adoratorio propiamente tal; quedando enfrente una especie de pequeño atrio, cuyo suelo liso y bien bruñido, vimos y tocamos en algunas partes en que se conserva todavia. Tambien se conserva la pintura en algunas fracciones, si bien borradas y confusas; distinguiéndose principalmente el azul, que parece haber sido el dominante.

Cuando fijábamos la vista en aquellas gigantes cascaras, lastimosamente mutiladas al tiempo de la excavacion reciente, agolpábase á nuestra imaginacion el inmenso pueblo que ante aquellos monstruosos idolos subía por

la escalinata cargado de sus víctimas, quemando copal y cantando sus himnos al son de los estrepitosos tinkules. A semejente idea, nos inclinábamos á ver el suelo que ocupaban nuestras plantas, como esperando sorprender allí las huellas ensangrentadas de un pueblo *que fué*.

Al bajar de la esplanada superior, tropezó nuestro pié con el negro y redondo vaso de un curioso jícara, de esos que preparados, sirven entre los indios para el chocolate de sus banquetes: al levantarlo del suelo, dijonos D. Tomás, que aquel había sido el cáliz de un sacrificio idolátrico; pero al punto le objetamos que si tal fuese, debía tener trescientos años por lo ménos, y se habría reducido á polvo al tocarlo; mas que aquel se conservaba bueno y útil.— Es del culto idolátrico, repuso D. Tomas, y sin embargo, no solo no tiene tres siglos, pero ni aun solo tres años: este vaso ha sido de algun *tidch*.

Al decir nuestro interlocutor esta última palabra, lo comprendimos todo; recordamos que la supersticion popular cree en su rudeza poder y aun deber conciliar con la creencia cristiana, el deber de tributar sus homenajes á los diferentes Genios ó divinidades tutelares que el paganismo inventó, y de aquí el uso supersticioso en Yucatán de honrar al Genio del agua, á *Yum chaac*, al Genio del campo, á *Yum haax*, y así otras absurdas creaciones de la antigua mitología yucateca, mostruosamente hermanadas con los principios de la civilizacion. Y el acto de ofrecer á estos Genios víctimas de aves, como pavos y gallinas condimentadas, y libaciones de bebidas, como la

pitarrilla ó *balché*, y la orchata de maíz ó *sacá*, con ciertos ritos transmitidos de padres á hijos, es á lo que se llama *tidch*; escogiendo para la celebracion de tales actos, los lugares escondidos y mejestuosamente imponentes, así como las salvajes cavernas de los campos, ó las ruinas encantadas (*) que se esconden en las dilatadas florestas de la Península. El Adoratorio en que á la sazón nos hallábamos, no distaba más que cinco cuabras de la plaza, pero montuoso como está, han podido impunemente guarecerse allí las gentes miserables del *tidch*, quienes van á colocar las ofrendas de su absurda teosofía en los ramos de un gran árbol, que está enseñoreado de aquel elevado puesto, y en que llegamos á contar hasta doce rodajillas colgantes que habian servido para otras tantas jícaras de *sacá*. Contraste de lástima y de risa presentará por cierto el orgulloso árbol, cuando extiende sobre las ruinas del antiguo Adoratorio sus abiertas ramas, que cargadas de las viandas y bebidas que se mecen al soplo de los vientos, sirven como de vehículo entre la ignorancia y sus fantásticas creaciones. Entonces un indio no se presentaría allí sino con cierto religioso temor; porque creería morir á cada paso, por haberse expuesto á profanar el banquete misterioso de los Genios, *Yumes* y *Noh-Yumes* del bien y del mal.

Por fin, descendimos de aquel montículo experimentando mayores dificultades que las que

(*) Los indios llaman *ciudades encantadas* á las ruinas monumentales de sus antepasados, y dicen oír en las altas horas de la noche, el movimiento de animación y vida que les sobreviene á favor de las sombras nocturnas. ¡Tanta es su rudeza, tanta su ignorancia!

tuvimos al tiempo de la subida, y despedímonos.

Era ya una hora más avanzada de aquel mismo día, cuando un antiguo compañero de colegio, el apreciable joven D. Manuel Palma, se nos presentó, brindándonos con nuevas ruinas existentes en el patio de una casa situada nada menos que en un ángulo de la misma plaza. Aunque el sol estaba en la mitad de su carrera y asestaba ya sus más ardientes rayos, aceptamos gustosos la amistosa invitación, y al punto nos encaminamos al lugar señalado, en que nos encontramos con las viejas paredes, todavía en pié, de un destechado edificio, levantado sobre una plataforma de tierra un tanto elevada, con apariencia de haber sido en otro tiempo una especie de pequeño palacio, perteneciente según la tradición que se conserva entre los moradores, á los Paches, antiguos señores de Motul. Su altura será como de quince piés con un frente como de treinta ó cuarenta. Su interior es poco espacioso, y en la parte en que debió sostenerse la techumbre, se mirande trecho en trecho, unas piedras salientes labradas, que así pudieron servir para una azotea, como para un techo triangular de paja. Algunos creen que sean ruinas de alguna primitiva construcción española; pero esta es cuestión que sólo un detenido exámen y comparación arqueológica con otras ruinas conocidamente propias de los abórigenes, podrá resolver.